

retaguardias. Contra lo que sostiene cierta historiografía al uso, en la España republicana la caza del adversario no fue obra exclusiva de incontrolados que se aprovechaban de la impotencia de las autoridades. Había un consentimiento institucional, al menos tácito, y hasta una implicación directa de determinados cargos públicos, tal como afirma Fernando del Rey al explicar las circunstancias que condujeron al asesinato de Andrés Maroto: «No hablamos de “incontrolados”, sino de los principales dirigentes del poder revolucionario de la localidad [La Solana] en esos momentos, que actuaron en comandita con sus homólogos de la capital de España y (...) de Ciudad Real»<sup>11</sup>.

La banalización del mal por parte de las dos Españas, que es en el fondo el tema de este espléndido libro, fue el resultado de una quiebra de la convivencia que se venía fraguando, como mínimo, desde 1933. Si recordamos la frase de Ramos Oliveira citada al principio, fechada precisamente ese año, resulta tentador concluir que la Guerra Civil no fue la causa, sino más bien la consecuencia de esa voluntad de exterminio del adversario. Una vez iniciada la contienda, la justificación de los propios crímenes llegó a unos niveles de abyección difícilmente superables. «No va a quedar un fascista ni para un remedio», le escribió, eufórico, Luis Araquistáin a su mujer al informarle en agosto de 1936 de una matanza de presos en las cárceles madrileñas, en la que «fallecieron»—Araquistáin subraya la palabra como para resaltar lo chistoso de la expresión— conocidos

políticos e intelectuales de derechas<sup>12</sup>. Poco después, el escritor y periodista socialista, muy próximo a Largo Caballero, era nombrado embajador de la República en París. La suya fue también una vida truncada —derrota, huida, temprana muerte de su mujer y su hija—, aunque sobreviviera a la guerra. A raíz de su fallecimiento en el exilio, Indalecio Prieto atribuyó a Araquistáin un «arrepentimiento extremo», que en los últimos años le había llevado a criticar duramente la actuación de la izquierda bajo el régimen republicano.

¿Era inevitable que la República acabara así? «A veces, andando por las calles», cuenta en sus memorias la aristócrata y comunista Constanza de la Mora, evocando las semanas previas a la guerra, «parecía como si la nación entera contuviese la respiración en espera de la inevitable catástrofe»<sup>13</sup>. Los autores de este libro no creen en una predestinación colectiva que condenara a la sociedad española a la autodestrucción. Pero hay algo de fatalidad en las biografías tan minuciosamente estudiadas en estas páginas, víctimas de un entorno histórico que hacía muy difícil la convivencia, sobre todo cuando la vida política favorecía la confrontación violenta, en vez de intentar evitarla. No era un fenómeno exclusivo de la España de los años 30, sino un ejemplo más de esa «brutalización de la política» que se puso de moda en la Europa de entreguerras. Un superviviente de la Guerra Civil en Caspe expresaría con sus propias palabras ese giro siniestro de los acontecimientos: parecía mentira, recordaba muchos años